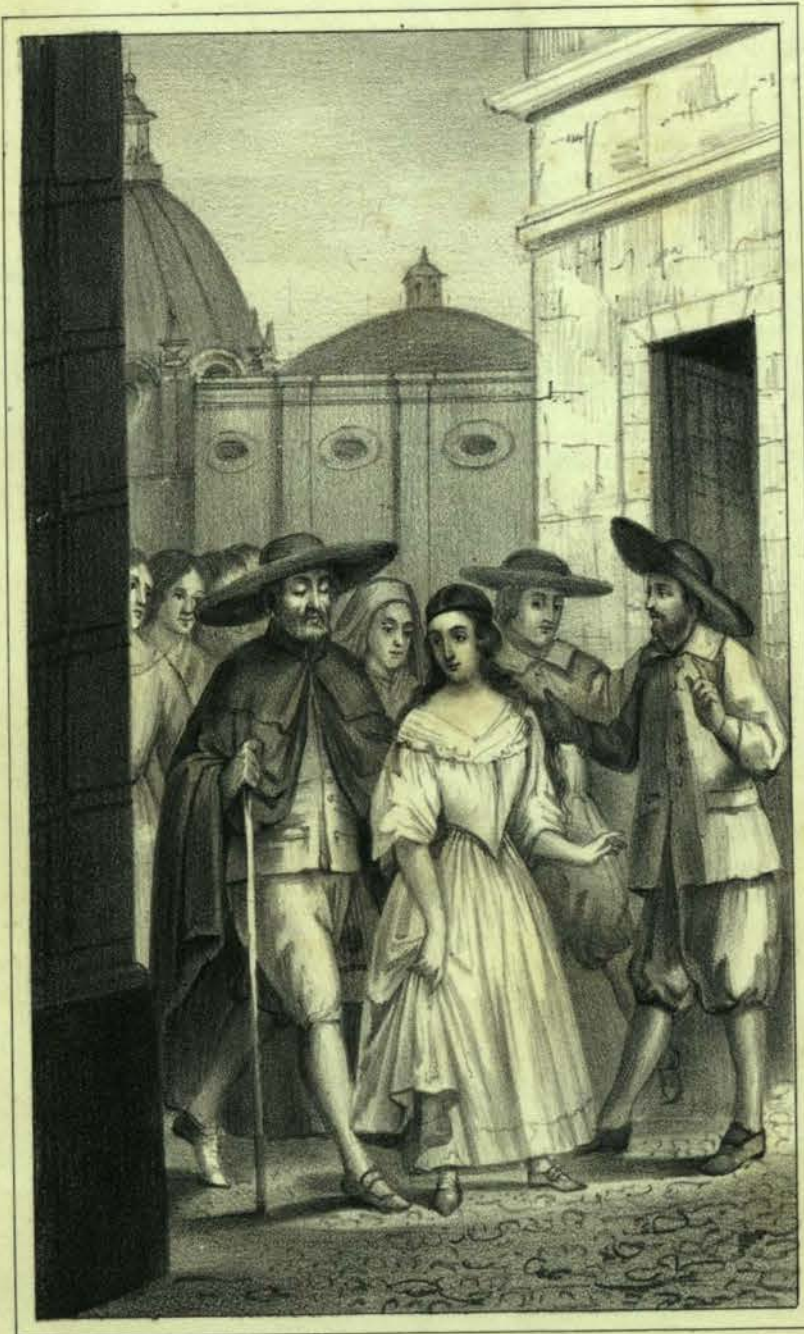


Ciego Mexicano.



LA HIJA DEL CIEGO.

LA HIJA DEL CIEGO.

I.

Por los años de 177... un oidor llamado D. Pedro de Castro estaba un día recargado en el balcón de su casa y con la mano en la mejilla, recreándose con el animado espectáculo que presentaba con sus innumerables transeuntes, sus carruages y sus caballos, sus buhoneros y sus negociantes, la populosa metrópoli de la Nueva-España. Era la fisonomía de D. Pedro, severa, sus ojos azules dirigían miradas penetrantes; su frente calva, sus mejillas marchitas y su continente pensativo, daban claras señales de una vejez anticipada por las penas ó por los desórdenes quizá de una vida licenciosa. Hacía ya algun tiempo que estaba en la postura dicha, cuando se enderezó derepente, y poniéndose encima de los ojos la mano estendida, para que no le molestasen los rayos del sol, estuvo mirando un buen espacio hácia la esquina de la calle de su casa. Hizo señas luego á uno de sus lacayos para que llamase á la persona que le señaló con el dedo, y cuando se cercioró de que su criado volvía con ella, entróse cerrando la vidriera de su ventana. El que habia excitado la curiosidad del oidor, era un ciego de capa y ancho sombrero, á quien servía de lazarillo una niña de catorce á quince años, linda y risueña, vestida de blanco, suelta su larga y rizada cabellera, y sujeta solo á sus sienes con una cinta negra, que contrastaba con la blancura de su frente. Venían acompañados de mucha gente que contemplaba ansiosa la hermosura de la niña y la fisonomía noble del ciego, y todos encarecían las gracias de los dos con las palabras mas espresivas; mientras ella jugando suavemente con la mano del ciego entre las suyas, y murmurando una cancion, proseguía su camino, sin reparar siquiera en las alabanzas que por todas partes le prodigaban. Una sola vez miró hácia un balcón, se detuvo un momento, exhaló involuntariamente un suspiro, y advirtiendo que lo habian notado, bajó los ojos y el rubor encendió sus mejillas.

De esta suerte llegaron á la casa del oidor que los estaba aguardando impaciente, entraron á su habitacion, le saludaron cortesmente, pero sin bajeza, y tomaron asiento, que les lle-

vó el mismo D. Pedro.—¿Cómo te llamas? le preguntó el oidor al ciego.

—Pascual, para serviros.

—Esta niña, ¿es hija tuya?

—Sí señor, y el único ser que me ama en la tierra.

—¿Qué edad tendrá?

—Quince años no cabales.

—¿Y hace mucho tiempo que enviudaste?

—El mismo tiempo hace que perdí á la mujer que mas amaba; y pobre de mí si no hubiera sido por mi Ines, por esta niña que ha sido mi ángel de consuelo. Ella me guia por todas partes, y juntos ganamos nuestro sustento; yo tocando mi vihuela, y ella cantando los romances que yo mismo compongo.

—Siendo así, holgaría mucho de oiros; porque si tu destreza en el tocar iguala á la gallardía de tu presencia, y si la voz de tu Ines es tan hechicera como su rostro, pocos habrá que os lleguen y ninguno que os haga ventaja.

—Juzgareis por vos mismo.

Y sacó la vihuela que llevaba debajo de la capa, recorrió sus cuerdas una por una afinándolas perfectamente, y despues de varios preludios en que hizo gala de su destreza, comenzó á sacar de su instrumento sonidos dulcissimos y llenos de melancolía. Sus facciones se animaban mas y mas cada vez, vagaba en sus labios entreabiertos una sonrisa apacible, y con oidos atentos á la nota mas ligera, al sonido mas imperceptible, apuraba sediento aquellos raudales de armonía. ¡Felices los que son capaces de comprender ese lenguaje apasionado, esa poesia inimitable y divina que es el encanto de las almas sensibles!

Ines con la vista fija en su padre permaneció callada algun tiempo; mas su garganta de alabastro palpitó derepente como la de una ave que gorgoea, y con voz encantadora y melodiosa cantó el siguiente romance:

Vuela avecilla inocente,
Rápida el espacio cruza
En tanto que el viento manso
Riza tus cándidas plumas.
Vuela á tu nido, avecilla,

De madre adorada en busca;
De la que con dulces trinos
Tu sueño amorosa arrulla.
Vas á desplegar tus alas....
Volaste ya.... cual ninguna
Rauda atraviesas los aires....
¡Amor de madre te impulsa!
¡Amor de madre! esa llama
Que avivan y hacen mas pura,
De la dicha el soplo blando
Y el huracán de la angustia.
Llegaste al nido.... mas dime
¿Por qué al mirarlo te asustas
Y arrastrar dejas tus alas
Desesperada y convulsa?
Ah! „murió mi madre tierna,“
Con tristes ayes anuncias:
Yo tambien perdí una madre,
Ven, pues, lloraremos juntas.

Calló Ines y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Pascual, quien la dió un beso en la frente y comenzó á acariciar con la mano su negra cabellera. D. Pedro que habia escuchado el romance, sin apartar sus ojos de Ines, sacó de su faltriquera una bolsa llena de oro y poniéndosela en la mano, le dijo:—Toma, Pascual, un corto premio de tu habilidad y la de tu hija; y alégrate de haber encontrado en mí un protector generoso que aliviara en cuanto sea dable tu infeliz situacion.

—Ah! señor, ¿quién sois vos que alargais una mano caritativa á este ciego desgraciado?
—Soy D. Pedro de Castro, oidor de la audiencia de esta nobilísima ciudad, y su actual presidente. Pero....tu hija es muy hermosa, y andando continuamente por las calles contigo que eres ciego....

—Ah! no; soy ciego, pero mi oido, sensible aun al ruido que forma al volar el insecto mas pequeño, vela incesantemente por la honra de mi hija. Ademas, ¿no es verdad que me amas mucho, Ines mia?

Ines contestó estrechando entre sus brazos á Pascual, y besando luego amorosa y sumisamente su mano.

—Muy zeloso te muestras de la honra de tu hija; pero á fe mia que el amor al oro mas que el paternal, es la virtud favorita de los vagamundos, que cantando y tañendo limpian las bolsas de los curiosos caritativos.

—Señor....

—Escucha: tu hija es muy hermosa sin duda; pero mi proteccion tambien vale mucho para que la desprecies. No puedo negar que me agrada la Inesilla, y como al fin y al cabo

estando á tu lado no vive en ningun monasterio.... y por otra parte, de que vaya á dar á poder de algun mozalvete oscuro que nada le dé, á que sea mia, vale mas ciertamente....

—¿Qué decis? No entiendo.

—Parece que pretendes sacar mucho partido de mí, como si no fuera bastante fortuna para tí ver á tu hija de dama de un oidor.

—¡De dama! dijo Pascual poniéndose en pié y con el rostro encendido en ira: ¡de dama! ¡Necio de mí! Os tenia por un hombre generoso, y sois un villano miserable. Tomad vuestro oro, (y arrojó al suelo la bolsa) y recibid esta leccion de un *vagamundo* un magistrado como vos.

—Calla, ciego insensato, le contestó D. Pedro con enojo mal reprimido; calla y acuérdate de la repulsa de tus agravios.

Salieron de allí inmediatamente Pascual é Ines, y D. Pedro despues de haber llamado á un criado le dijo dos palabras al oido, y quedó luego entregado á profundas cavilaciones.

II.

Tres dias habian pasado, y una noche despues de la cena, sentados al amor de la lumbre Pascual y su hija, para aliviarse del frio del invierno, departian sabrosamente, y gustaban, aunque desgraciados, los inocentes placeres domésticos. Ines sobre las rodillas de su padre le colmaba de caricias, y este reia afable con ella y respondia amoroso á sus preguntas. El ciego, gallardo y de frente despejada, y con un rostro en que se retrataba la inteligencia, y la niña cándida y hermosa como un ángel, formaban un cuadro tan sencillo, tan tierno, tan admirable, que apenas hubiera podido expresararlo Rafael con sus pinceles.

—Vamos, padre mio, dijo Ines: ¿no sabeis alguna historia entretenida que contarme, como haceis otras veces?

—Sí, repuso Pascual; te contaré una, de la cual nada sabes, pero que debe interesarte, pues es nada ménos la historia de mi vida. Antes nada te habia dicho, porque eras muy niña y no podias comprenderme; mas pronto cumplirás quince años, edad suficiente para que escuches con gusto mi narracion.

—Hablad, padre mio, hablad; que estoy ya impaciente por oiros.

—Mi madre, hija mia, me dió al mundo en Guadalajara, y mi nacimiento fué para ella la consumacion de su deshonor; pues la habia seducido un caballero noble y rico que la abandonó, dejándola sumida en la miseria. Se au-

mentó su amargura, cuando vió que yo estaba privado de la vista, y cuando le aseguraron que me seria imposible recobrarla; y mi infeliz situacion acrecentó su amor maternal, si es que puede acrecentarse el amor de una madre. Sin recursos de ninguna clase para vivir, fuéle forzoso entregarse á los trabajos mas duros para ganar la subsistencia, hasta que un hombre benéfico y cristiano, compadecido de nosotros, nos tomó bajo su proteccion y disminuyó bondadoso lo angustiado de nuestra suerte. Ajusté cinco años, y me dedicaron á lo único que me juzgaban capaz de aprender, á la música, á la cual profesaba yo ademas una inclinacion decidida. Adelanté mucho en poco tiempo hasta el grado de llamar la atencion de todos y de ser aplaudido de cuantos me escuchaban; aplausos que causaban á mi pobre madre la mas cumplida satisfaccion. Gustábale verme cercado de personas que absortas me escuchaban, y si se alzaba alguna voz sobre las otras en mi alabanza, si alguno me celebraba con entusiasmo; entónces su placer era inesplicable, corria á estrecharme entre sus brazos y á empapar mis mejillas con sus lágrimas. ¡Qué deleitoso es sentir las caricias de una madre, y respirar su aliento, y beber las lágrimas de gozo que la hacemos derramar!

Ajusté diez años de este modo; mas la salud de mi madre debilitada por los sufrimientos, le faltó por fin, y cayó postrada en una cama, donde se mostró mas y mas la tierna solicitud de nuestro protector por aliviar sus males. Sin apartarme un punto de su cabecera, le dispensaba yo las atenciones que podia, y cantando al son de mi vihuela las canciones que mas le gustaban, hacia por calmar la violencia de sus dolores. Su enfermedad se agravó en extremo, y una noche, que no puedo recordar sin sentir que se despedaza mi corazon, me dijo con voz apagada: „Hijo, mi última hora se acerca, y al pasar á la eternidad, no tengo mas consuelo sino que Dios es un padre amoroso, que no te dejará perecer. Ademas, el hombre bondadoso que nos ha favorecido, no dudo que te seguirá protegiendo, y solo te encargo que nunca te muestres ingrato á sus beneficios. Ruega á Dios por tu padre, y ámale con todo tu amor, pues que quizá tú vendrás á ser con el tiempo la causa de su arrepentimiento. Al morir sabes que no puedo dejarte nada, porque nada poseo; mas toma este retrato que es el de tu padre, (y me dió este que traigo siempre pendiente de mi cuello) y sirva para que te acuerdes de él y de mí. Teme á Dios, y vivirás tranquilo en la adversidad; ámale y te serán su-

TOM. I.

ves los trabajos. Muero en paz, y aguardo la eterna recompensa.” Espiró, y yo, abrazado de su cadáver, le di mis últimos adioses.

Volví al lado de mi protector, quien por varias ocurrencias domésticas tuvo necesidad de salir de Guadalajara y venir á establecerse en esta ciudad con su hija, que formaba toda su familia: trájome tambien á mí, y Clara y yo, éramos los únicos objetos de su ternura. El continuo trato con aquella niña que habia pasado conmigo su infancia, hizo que yo la amase y ella tambien á mí, y mi nuevo padre tan luego como conoció nuestra inclinacion, enlazónos con el matrimonio, apenas se hubo cerciorado de la sinceridad de nuestro amor. Empeñado nuestro padre en un pleito, vino á quedar arruinado por la mala fé de los abogados y la venalidad de los jueces, y este suceso desgraciado le causó la muerte en poco tiempo. Solos Clara y yo en el mundo, sobrellebábamos nuestra suerte con resignacion; yo la amaba con toda mi alma y ella era conmigo la mas tierna y fiel de las esposas. Naciste por fin, hija mia, y murió tu madre al darte á luz: de esta suerte perdí en poco tiempo á mi madre, á mi proctetor y á mi esposa. A costa de mil sacrificios logré criarte, y ahora, ya lo ves, tú formas toda mi felicidad.”—Calló Pascual, é Ines, con los ojos llenos de lágrimas, preguntábale las circunstancias mas ligeras de su vida, besábale amorosa la frente, y repetíale cada momento: „Padre mio, cuanto os amo.”

III.

Eran las doce de la noche; hacia ya media hora que D. Luis de L.... se paseaba frente á la reja de una casa pobre mirándola sin cesar, y deteniéndose algunas veces, como para escuchar atentamente. Abrióse por fin la ventana sin el mas leve ruido, y dejóse ver á la opaca claridad de la luna una niña de incomparable hermosura, y vestida de blanco, que con voz apacible y armoniosa dijo:—¿tú eres, D. Luis?

—Sí, Ines; amor mio, yo soy.

—Ingrato! en dos dias no habias venido! Quizá algun nuevo amor....

—Ah! Ines; sabes que te amo con todo mi corazon, y que nadie puede reemplazarte en mi alma; pero me habia sido imposible venir.

—Don Luis, harto te he dicho que mires quién soy, y que la hija desvalida de un pobre ciego, no es capaz de llenar dignamente el corazon de un jóven gallardo y principal como tú. Piénsalo bien, no sea que un arrepentimiento tardío....

—Cómo se conoce que no me amas! ¿No te he dicho que mi clase, mi fortuna, cuanto poseo, todo es tuyo, y que todo el universo me parece homenaje escaso á tu hermosura? Si pediré á tu padre tu mano, serás mi esposa, y entónces seremos el báculo que sostenga sus pasos inciertos, el bálsamo que sane las heridas de su alma. Me crees, bien mio?

—Ah! sabés que mi padre y tú sois los únicos objetos de mi ternura. Por qué te amaré tanto!....

--Y le has confiado á tu padre nuestro amor?

--No me he atrevido, temiendo que cuando supiese quien eres, no me acusase de liviana en dar oídos á quien la suerte ha hecho tan desigual conmigo; mas se lo diré todo, y Dios proteja nuestras intenciones puras. Mas olvidaba decirte el suceso desagradable de mi padre con el presidente de la Audiencia, con D. Pedro de Castro....

--Sí, cuéntámelo todo.

Y contóle Ines como yendo con su padre por la misma calle en que vivian D. Luis y D. Pedro, este los habia llamado; no olvidó decirle el suspiro que se le escapó al pasar frente á la ventana de D. Luis; y por último, cuando les habia pasado en la casa del oidor, y la amenaza que este les habia hecho.—No te aflijas por eso amada mia, repuso D. Luis, yo no os perderé de vista un instante ni á tí ni á tu padre. Dame á besar tu mano hermosa, y no olvides que nada habrá que se oponga á nuestro casto amor.

Sacó Ines su mano de alabastro, y D. Luis imprimió en ella un beso ardiente que revelaba toda la fuerza de su pasion. Se retiraba ya D. Luis, é Ines con el brazo apoyado en la reja le seguia con la vista, cuando una mano vigorosa asió fuertemente la suya; volvió el rostro asustada, reconoció á la luz de la luna á D. Pedro embozado en una ancha capa, arrojó un grito de terror, y escuchó estas palabras que pronunció el oidor con voz terrible.—He aquí por qué no podias corresponder á mi amor; pero me vengaré.

El grito agudo de Ines despertó al ciego que la llamaba á voces, „Ines, Ines;” é hizo volver á D. Luis, quien al ver aquel hombre que la tenia asida, se precipitó sobre él con la espada desnuda, el oidor hizo lo mismo, y se trabó una lid que hubiera acabado por la muerte de uno de los dos, á no haber sido por la ronda, que acudiendo con presteza, logró separar á los combatientes. Asieron de ambos, mas el oidor con acento imperioso declaró su nombre que hizo enmudecer á los ministros de la justicia,

se embozó sosegadamente en su capa, y mandando que llevasen á D. Luis, se alejó con paso mesurado. Pascual habia llegado ya á la reja en busca de su hija, á la cual encontró desmayada.

IV.

En una prision estrecha y alumbrada solo por la débil claridad que daba una pequeña claraboya, estaban dos personas silenciosas, tendida la una en el suelo y puesta la otra de rodillas dirigiendo al cielo una plegaria fervorosa: eran Pascual é Ines. Pascual devorado por una fiebre violenta, pronunciaba de cuando en cuando algunas palabras: y su hija pálida, descompuesto el cabello y juntas sus manos, confiaba á la Virgen Maria sus angustias, demandándole un destello de consuelo. D. Pedro era la causa de sus padecimientos; ofendido con la conducta de Pascual y ciegamente enamorado de Ines, habia hecho que uno de sus criados los siguiese para saber su casa, y que se informase todo lo posible de las circunstancias mas ligeras que les concerniesen. Supo como D. Luis hablaba todas las noches con Ines, y con el furor de los zelos se propuso vengarse de su rival, del ciego y de su hija; mas ántes queria comunicar á Ines su venganza, para ver si por este medio lograba que cediese á sus deseos. Impidióselo el ruido que hizo volver á D. Luis y despertar á Pascual, y vióse precisado á dar un paso que hubiera querido retardar hasta no convencerse de la imposibilidad de que la hija del ciego le correspondiese. Manchó, pues, con la mas infame calumnia la reputacion de aquellas dos almas candidas y desgraciadas; supuso que el día que habian estado en su casa el padre y la hija, se habian sacado una joya de rico precio, y con tan negra maquinacion favorecida por el gran crédito de que gozaba, logró que los llevasen presos, siempre con ánimo de acriminarlos ó declarar su inocencia, segun le conviniese. Sabedor Pascual por uno de los que fueron á llevarle, de la atroz calumnia que motivaba su prision, se apesadumbró de tal suerte, que apenas hubo entrado á la cárcel, cuando tuvo que ceder á una fiebre violenta que amenazaba privarle de la existencia. Hacia ya dos dias que estaban en el calabozo, y la enfermedad de Pascual progresaba constantemente, tanto que pidió un sacerdote que le acompañase en sus últimos momentos. Ines no se apartaba un punto de su padre, y habia llegado al extremo á que conduce ese dolor profundo é inesplicable, que no nos deja proferir una

queja ni derramar una lágrima. Su padre cercano á la muerte, y acusado de un delito vergonzoso, su amante encerrado probablemente en una prision; ni un auxilio, ni un amigo.... ¡Pobre niña! Cuánto pesa sobre tí la mano de Dios que se complace á veces en probar la fortaleza de los que mas ama!

Llegó el ministro del altar, y despues de haber oido la confesion del ciego, pronunció con voz grave y magestuosa la absolucion, é Ines de rodillas pronunció un *Amen* arrancado de lo mas íntimo de sus entrañas. Comenzó luego el sacerdote á rezar las preces con que la Iglesia cierra amorosa los párpados del moribundo, y Pascual las repetia con voz clara y sonora, y con aquel semblante animado, con aquel acento tierno y vehemente de una alma crida para comprender los misterios de la armonia.

En medio de aquella escena solemne se presenta el oidor, llevado por el deseo de ver á Ines, para empeorar ó mejorar la suerte de sus victimas; mas atónito con aquel espectáculo imponente, quedóse párado en el umbral de la puerta del calabozo. Advertido Pascual por su hija de la presencia de D. Pedro: „Os perdono, le dijo, mas tened compasion de mi desventurada hija.” Y tú, hija mia, prefiere mil veces la muerte á la deshonra; recibe de mi mano la prenda que en igual caso me dió mi madre en otro tiempo. El cielo me hegó la dicha de recibir un solo beso de mi padre, toma su retrato y conservale en memoria de mí.” Dióle el retrato, y el oidor se acercó á verle como arrastrado por un impulso irresistible; y como dudoso de lo que veia, estúvose examinándolo algun tiempo á la luz, y dirigiéndose á Pascual, preguntóle con la mayor agitacion.

—¿Tu madre te dió ese retrato que dices ser de tu padre?

—Sí.
—¿Y dónde naciste?
—En Guadalajara.

—¿Cómo se llamaba tu madre?
—Clara de S....

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! exclamó el oidor, arrodillándose delante de Pascual, ¡perdon! Yo soy el miserable que abandonó á Clara, yo quien te quitó la vida, esa vida por la cual diera ahora gustoso mil, si otras tantas tuviera.—Padre mio, estábais perdonado; recibid ahora mi amor y perdonadme vos.

Estendió Pascual los brazos hácia D. Pedro, y este fué á unir su rostro con el rostro del ciego.—Déjame, hijo mio, le decia, recoger con mis lábios tu último suspiro.

Duraron así algun tiempo D. Pedro y Pascual, mas este apartando suavemente á su padre.—Padre mio, le dijo, mi fin no dilata mas que algunos momentos; os encargo especialmente á mi hija.

—¡Oh! Ines mia, ¡ven á mis brazos! Te amo, sí, pero no con un amor criminal, sino con el de un padre á su hija. ¡Necio de mí! no conocia que era la sangre que le habla á la sangre. ¡Mas ah!... tú amas á D. Luis, lo sé bien, y él te ama á tí. ¡Hola! sacad sin perder un momento al preso del calabozo inmediato, y traedle aquí.

Corrieron inmediatamente el carcelero y un criado que habia venido acompañando á D. Pedro, y volvieron al punto con D. Luis, que sorprendido con la escena que se presentaba á sus ojos, no podia siquiera desplegar sus lábios.

—D. Luis, le dijo D. Pedro, dad la mano de esposo á mi nieta.

—¡Vuestra nieta! exclamó D. Luis.

—Sí; y desde ahora sois dueño de todos mis bienes. Quiera el cielo perdonarme mis crímenes, pues conoce lo sincero de mi arrepentimiento.

El sacerdote bendijo aquella union, y Pascual con sus lábios entreabiertos por una sonrisa apacible, exhaló su último suspiro.

JUAN N. NAVARRO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ATZCAPOTZALCO. 1821.

Comenzaban los hermosos días del mes de junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los mas puros, tan pronto se experimentan con agitacion, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmover el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba mas que á perseguir una mariposa, ó á recojer algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que despues abandonaba con la inconstancia de niño.

Una tarde á la relacion de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oír el nombre terrible del coronel Concha: yo me estremecí tambien, porque mil veces habia oido decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien habia querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiracion que debia haber estallado en 819, y que fué descubierta: Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, habria ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacia pasar á los demas prisioneros. Vino la constitucion del año de 20 y á esto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patibulo. Aun no se habia borrado en mi familia la idea del riesgo que habia corrido mi padre. La relacion del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte division en auxilio de San Juan del Rio y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la causa nacional (1).

(1) No se crea en mi vanidad descender á estas particularidades domésticas: si me ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué,

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huir, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Rio venia tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna accion entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y mas cuando no estaba presente el gefe de la casa. Mientras se tomaba algun partido llegaron algunos oficiales aposentados. Súpose por ellos que venia el batallon expedicionario de Murcia: nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante ágitado, se inferia que algun acontecimiento desfavorable les habia sucedido. Se consideró prudente no huir ya; á poco mas de una hora llegó el regimiento que venia marchando con el orden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvia humillado y lleno de vergüenza, pues se habia desertado del ejército trigarante, despues de haber jurado en Iguala el plan de independencia, lo que manifiesta la difícil posicion en que se vió al principio el gefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos criticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallon que se dirigia á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperacion comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensacion que aun producian aquellos soldados.

Serian las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximacion de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se

como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudido y secundado: ademas, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transicion tan repentina en que la reflexion se subalterna á los resultados mas sorprendentes, y que cada uno llevaba consigo la novedad.

habian agotado en tan corto intervalo. La afliccion mas aguda se apoderó de todos, y no se podia ni aun respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballeria: la confusion en mi familia y demas personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algun accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentóse el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran *independientes*. Una exclamacion general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí tambien lleno de gozo. Se supo que venian á encontrar á Concha, á quien creian inmediato y descaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnacion Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guanajuato: asido de la mano de una persona fui adonde estaba la tropa. Vi por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque tierno, palpitaba de alegría. Consideré de cerca á estos soldados y á su gefe, que tenian un continente guerrero exclusivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cueras ó cotones largos de charro; y calzoneras de venado, botas de campana y sombreros jaranos, componian su uniforme: carabina, lanza, machete y reata, era su armamento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escuadron caia, dejaba tras él una huella de sangre y de desolacion. Ortiz, conocido por el Pachon, era una celebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvía con mayor brio á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacia notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valia el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiera nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diria que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasgados, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y espresion que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hom-

bres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, segun era la persona con quien se comunicaba: un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba integro á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus gefes; y por último, poseia suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fueron los primeros independientes que vi habiendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demas cuerpos: siguieron despues dos escuadrones del cuerpo de caballeria de S. Carlos, otros del Principe y Sierra Gorda; á continuacion el florido regimiento de infanteria de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de infanteria. El sonido de las músicas militares de esta y el de las bandas de clarines de la caballeria, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresion de entusiasmo y patriotismo; impresion difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenian entonces desarrollada su sensibilidad de desinterés y de gloria, están amortiguadas, estinguidas, y no queda mas que un recuerdo como en sueños de una época que no volverá, porque no volverán el génio que la impulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipacion mas sorprendente del orbe; pero sin querer me distraia de mi objeto para decir que el gefe de la division que habia llegado, era el coronel D. Anastasio Bustamante: presentóse en medio de un escogido estado mayor, y rebosaba su alma la ansiedad de ver realizada la combinacion que se le habia encomendado por el primer gefe del ejército.

Este le habia dicho en San Juan del Rio:— Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte division para proteger este punto, que cree el virey que todavía está de su parte, y llamarnos la atencion para la toma de Querétaro: irá V. á encontrar á aquel, y en donde quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á V., que no es fácil atacar á los soldados de la independencia. Descanso en la actividad y constancia con que V. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entretanto quedaremos espeditos para la mas pronta conclusion de nuestros

planes. En este momento debo V. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me esforzaré en llenar los deseos de V., que en ello cumpliré con mi deber hácia la patria, y con la gratitud que debo á V. por su empeño en distinguir-me.—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja V. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Además servirá la expedición de V. para organizar todos los pueblos, cuya opinion está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nacion y de V.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquel, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos.

El mayor orden reinaba en la division patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro dia de la llegada de la division se puso en marcha muy de mañana, dejando los mas gratos recuerdos de admiracion y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, despues de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan, y cumplido con todas las instrucciones que habia recibido.

El primer gefe manifestó su satisfaccion á la décimasegunda division y á su digno gefe con las mas vivas demostraciones que aumentaban en este y en aquella su decision.

El siguiente dia le dijo Iturbide á Bustamante:—Compañero, importa que hoy mismo salga V. con un batallon y cuatrocientos caballos, á auxiliar al Sr. Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallon de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á V. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiracion nacional. Llevará V. amigo, un batallon y cuatrocientos caballos que V. escoja del ejército, pues debe descansar la division de V.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde V. lo disponga.

—No: por ahora llevará V. un solo batallon de refresco y la caballería que le he dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallon de la Union á las órdenes del teniente coronel D. Juan Dominguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (1): despues de que hablaron ambos de los negocios, le dijo este á aquel

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á V. por gefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado V., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen esclusivamente á la mas pronta conclusion de esta empresa y á las demas que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de V. repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por mas acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer gefe.

—No cederé en mi resolucion, manifestó Bustamante, y V. que ha comenzado la obra debe concluir-la: disponga V. las cosas, y su compañero formará en el lugar que le toque como el primero de los que están á las órdenes de V. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome V., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condicion de que modifique V., segun su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que prevenia á los gefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julian á discrecion, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel D. Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hácia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demas divisiones siguieron de frente por los costados. Resultó de estas disposiciones

(1) Cuadro histórico del Sr. D. C. M. Bustamante.—tom. V.

nes que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su corraje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el dia antes habian recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, alfanjes fusiles y 56.000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulacion fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 25 de junio. A los ocho dias emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibian de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneracion de libertadores de la patria.

Independencia é Iturbide eran voces sinónimas en aquellos venturosos dias que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entonces la union y la fusion de los partidos comprendia una realidad que despues ha sustituidose con frases pomposas....

El gallardo Epitacio Sanchez iba á la vanguardia del ejército, y seguianle por escalones las demas tropas: la division de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una division de caballería á las órdenes de Sanchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasion de batirse con Concha, lo provocó el 22 de julio á una accion en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepetzotlan. Vendrá dia en que se revelará por quien y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperacion necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlan con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche tambien se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

Otro dia bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su division en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intencion á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvia cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide

para verse con O'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante habia quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algun disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, dias ha, punto de honor batir á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones espresadas se movieron de Tepetzotlan y Cuautitlan hácia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aqui salió Concha con tanta precipitacion, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien habia escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán D. Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á este:—Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á V., iré con una seccion para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna accion y faltemos á las órdenes del primer gefe.

—Pero tambien sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hácia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del Sr. Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á V. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serian sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzacapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atencion por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de V., espediré en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve V.

Despues de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos espresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (1) de los regi-

(1) Torrente, historia de la revolucion hispano-americana. Tom. 3 pag. 291.

mientos expedicionarios, Infante Don Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julian Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aun de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinion inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipacion del pais: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obcecados gefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacia presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terrible era todavía la voz del coloso que se habia enseñoreado del vasto imperio de Moctezuma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaria esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenia por objeto llamarle al enemigo la atencion y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzacapotzalco y Tacuba, y despues de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás, Acosta oficiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña accion que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se habia hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenian mas fuerzas que los independientes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—“Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga V. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería y un cañon, para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la accion.”

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Estévan Moctezuma: „Es necesario que VV. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos esponemos á perder algunos soldados.” Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hácia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste habia sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzacapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serian las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Sta. Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la accion que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasion de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquel tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolucion que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de estermio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo condujo á la refriega: jamas se le habia visto mas decidido y esforzado como en esta ocasion, en que con aquella valentia que le es comun buscaba la gloria en donde la muerte aparecia por todas partes: lleno de noble ambicion, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo mas puro; pero como lleno de despecho

prodigando su vida como obscuro soldado, arastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Príncipe y granaderos de la corona y primeró americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardeciéndose mas el combate, los enemigos sucumbian por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formacion y el denuedo con que hacian frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de estos, embalara una del mismo calibre de las que tenian los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzacapotzalco (1) en donde se parapetaron para no ser destruidos completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independientes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podia maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pié de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroismo compitió á porfia por ambos bandos.

Serian las siete de la noche cuando llegaron las demas fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brio de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio; pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habian llegado.

Sabido es que el capitán D. Encarnacion Ortiz habia peleado diferentes veces en el bajo y en la primera época de la independencia contra

(1) El Sr. Torrente sin embargo de que con su imaginacion y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á Careaga, se ve en la precision de confesar en el tomo 3.º páginas 291 y 292, lo siguiente: „Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independientes) repetidas cargas con el mayor entusiasmo, hubieron de retirarse á Atzacapotzalco, por habérseles inutilizado un cañon de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones.”

los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que venian ahora con el ejército trigarante, y que con satisfaccion reciproca tenian el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedia que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulacion toda de honor, toda de gloria.

Eran las ocho de la noche cuya obscuridad impedia distinguir los objetos mas cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacian los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenian mas parapeto que sus pechos que latian á los nombres sagrados de *independencia y libertad*, y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de ¡viva México! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la mas terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él.

—Ahora se verá si los fieles van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanajuato.

—Los fieles, dijo un oficial jóven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachon, (2) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El jóven oficial era el capitán de los Fieles D. Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque V. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañon hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga V. al teniente coronel D. Francisco Cortazar, que al toque espresado avance tambien por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallon y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida V. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando antes las entradas mas fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en

(2) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolucion en el Bajío.

apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Casti-
llo, ya pronto se quitará á VV. su impaciencia.

Habían pasado pocos instantes, cuando man-
dó Bustamante tocar á las bandas de clarines,
alto, que era el toque combinado de dar el ata-
que con mayor vigor. Las órdenes de cuando
en cuando se multiplicaban, el valor iba au-
mentándose cuanto mayor era el peligro, la
accion se habia hecho mas general por todas
partes. El denodado Endérica desplegó toda
su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo
nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes
del bizarro regimiento de Celaya, D. Manuel
Arroyo y un jóven como de 26 años, lo secun-
daron á porfía, colocando la pieza en la entra-
da á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y
de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y
metralla que disparaba incesantemente. Ese
jóven teniente, es hoy el presidente interino de
la república, general de division D. Valentín
Canalizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la
desesperacion con que se batian, sufrían pér-
didas considerables: no obstante esto se iba
aumentando su fuerza con nuevas tropas y mu-
niciones que les llegaban. Mucho tuvo que
agradecer Concha á la fortuna, pues la noche
le habia protegido y mas que todo el que los in-
dependientes hubiesen entrado en detall á la
accion sin poder presentar todas sus fuerzas: á
las once de la noche las circunstancias para es-
tos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y
sin querer salir de sus parapetos que tenían en
las principales alturas del pueblo, al paso que
á sus contrarios se habia casi agotado el par-
que; estériles eran ya la constancia y el heroismo
con que desafiaban tan de cerca la muerte:
Bustamante se decidió á emprender la retira-
da muy satisfecho de sus soldados, á quienes
con ternura sin igual, y en lo mas comprometi-
do de la batalla llamaba "sus hijos" y ciertamente
que así los veía, porque la pérdida de
cualquiera de sus soldados le comprimía su
corazon guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traer-
se la pieza que llevó Endérica á la entrada de
la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las
mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto
la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañon no debe abandonarse, sin aban-
donar ántes la vida, replicó Ortiz. Vamos mu-
chachos, vamos á traerlo, y se dirigió adonde
estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—También nosotros iremos, dijo el capitán
Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á

los suyos. La mayor parte de estos valerosos
soldados hacia frente al enemigo interin que el
resto se esforzaba en sacar la pieza con sus rea-
tas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban
en la terrible competencia de salvar el cañon
y de batirse á la vez. La empresa se habia
hecho de las mas temerarias: el mayor nú-
mero de los denodados dragones de la sierra de
Guanajuato y Fieles del Potosí habian caído
muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehu-
manos, *distinguiéndose heroicamente el nunca
bien ponderado D. Encarnacion Ortiz, modelo
de valor y patriotismo* (1). Al pié del cañon su-
cumbio al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y
de honor, saliendo gravemente herido Arana y
contuso Canalizo. La victoria se cubrió de lu-
to y la fortuna fué infiel al heroismo, no ha-
biendo respetado en esa noche aquella vida
tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endé-
rica, Arroyo y Canalizo se habian multiplicado
para arrebatar de la muerte á sus dignos com-
pañeros.

—Señor, le dijo Barriero á Bustamante, que lo
habia mandado con órdenes para que se retira-
ran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muer-
to, Arana también ha sido mortalmente herido
y los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad...! escla-
mó Bustamante. Quedóse un rato pensativo
como si dudase lo que acababa de oír, y aun-
que no podia articular palabra, su semblan-
te indicaba que su alma era destrozada de pe-
sar: hizo un gesto y sacudió la cabeza, despues
anduvo un poco hácia adelante y dijo:

—Erdozain, marche V. y dígame á Endérica que
se retire dejando el cañon, que bien puede
abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado
el enemigo: que se conduzcan luego los heridos
y que al cuerpo de mi querido Ortiz no se deje
allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica:
frondosos eran los laureles que habian cortado
en esta memorable noche: el enemigo perdió
mas de quinientos hombres; pero esta victoria se
habia comprado con la sangre de muchos in-
trépidos soldados, cuya pérdida era una pági-
na de luto en este glorioso dia para las armas
mexicanas.

Iturbide, digno apreciador de sus compañe-
ros, aplaudió debidamente el reelevante méri-
to que contrajeron en esa accion Bustamante
y sus soldados: les manifestó desde Puebla á
nombre de la patria su reconocimiento, así co-

(1) Palabra de Bustamante en el parte que dió de la
accion.